CECILIA EUSEPI

Nació el 17 de febrero de 1910 en Monte Romano (Viterbo). Quedándose de inmediato huérfana de padre, fue acogida con la madre en Nepi en la casa del tío materno, el cual la confía a las monjas Cistercienses. En el monasterio, estudió la primaria y fue iniciada a la vida espiritual. Allí conoció a los frailes Siervos de María, que eran confesores de las monjas. El 17 de septiembre de 1922 entró a formar parte de la Tercera Orden de los Siervos de María en la Fraternidad de Nepi. En 1923 fue acogida como postulante de las Siervas de María, llamadas “Mantelatas de Pistoia”. Después de tres años, por motivos de salud, regresó en la casa del tío en Nepi. Afectada por una grave enfermedad, soportó varios sufrimientos, creciendo en el amor a Cristo y conformada a la Madre Dolorosa. Murió el 1º de octubre de 1928.

Del *Diario* de la beata Cecilia Eusepi

Diario, pp. 179-180 (24 de septiembre de 1927), 211-212 (15 de octubre de 1927), 214-215 (23 de octubre de 1927), 340 (8 de febrero de 1928)

Conozco a Jesús por esto soy feliz

Ser santa siempre ha sido mi pasión, sin embargo leyendo las vidas de los grandes santos, me sentía casi perder el ánimo pensando que yo jamás llegaría a tanto, pero después pensando en la vida escondida de Jesús, yo no encuentro grandes obras, sino pequeños actos de virtudes, no obstante, ¿cuál santidad es más alta de la de Jesús?

Yo amo a Jesús, pero no siento ningún transporte; cuando rezo estoy continuamente distraída, no siento más aquel fervor que sentía antes, no pienso más a menudo a Jesús, sin embargo yo quisiera pensar no cada minuto, sino cada segundo. Empero me consuelo pensando que habiéndome ofrecido a Jesús, aunque no pensando en El, yo lo amo, mi vida es una oración continua, todas las palpitaciones de mi corazón, los latidos de mi pulso, y mis respiros, quiero que sean muchos actos de amor, y ¿no es esto orar continuamente, un amar continuamente? Deseo saber si esto que pienso es justo. La “Pequeña Nada” [de Cecilia Eusepi] es completamente de Jesús, también los pecados los he ofrecido a Jesús, si me dejara aquellos, no sería más una nada, porque la nada no tiene nada. Jesús se ha dignado, a esta pobre alma, darse a conocer, conozco Jesús, por esto estoy feliz, antes me agitaba por cada infidelidad, ahora no, si me agitara, no conocería mi debilidad y la bondad del buen Dios. Cuando la voluntad no quiere ofender a Jesús, la ofensa me parece que no sea más ofensa, sino el fruto de mi debilidad, Jesús no se puede ofender, porque Él sabía aun antes de ser creada que yo lo habría ofendido sin voluntad de ofenderlo, sino que mi debilidad hubiera sido la causa de mi desviación. Si estas debilidades, le desagradan, entonces no habría pedido con tanta insistencia nuestro amor, sino lo habría pedido a los Ángeles. Seguramente, empero, si nosotros dejamos pasar, más bien cerramos los ojos a estas debilidades, sin reconocer y reparar la ofensa hecha a Jesús, con un acto de humildad y de amor, Jesús permanecería ofendido. Quisiera que Jesús se manifestara a todos, se diera a conocer, como lo ha hecho conmigo, entonces no habría más desesperación, sino solo amor. La ofensa más grande tal vez que podemos causar a Jesús, es la falta de confianza en Su misericordia, si los hombres, que también saben perdonar y olvidar, los

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

hombres, los cuales poseen una mínima parte de la misericordia infinita que posee, que viene de Dios, ¿cómo podemos dudar, sin ofenderlo enormemente, que nos perdone Dios?

La Pequeña- Nada quisiera echar fuera todo lo que piensa, siente, conoce, pero no puede, no sabe, quisiera echarlo fuera para darlo a las ánimas. El pequeño lirio de Jesús, antes de desojarse, se abre, para dar a todos lo que Jesús ha puesto, quiera expresar a todos las misericordias de Dios, para atraer a todos hacia Él, quisiera deshojarse cantando, "Dios es amor".

Estas palabras comprendidas, llegan a ser el más rico patrimonio, yo las he comprendido, o mejor Jesús me las ha hecho comprender, por eso soy feliz.

Yo no tengo miedo de sufrir, todos los sacrificios que Jesús me ha pedido, después del primer golpe, me han parecido dulces, apenas me los pide me siento casi imposible, para aceptarlos, sino solo después, pasado el primer instante, no entra en mi corazón la resignación sino el amor por aquel sacrificio. Sufriendo, yo canto mi amor a Jesús, ¿cuál pensamiento más consolador de este?

Yo no amo el sufrimiento por la esperanza del premio, no, esto me parece que no sea generosidad, yo amo el sufrimiento porque, sufriendo certifico mi amor a Jesús.

Quisiera que todos conocieran el secreto de la felicidad, el amor, muchas almas tal vez lo conocen, pero, no saben cómo darse al amor (también esto yo he probado), por eso desearía decir a estas como yo he hecho, he reconocido mi nada, más bien, he amado mi nada, reconociéndome a mí misma he conocido a Dios, Su bondad, Su misericordia, Su amor, Su justicia, todo en Dios me ha parecido amor, también Su justicia.

SACRIFICIO DE LOS DESEOS

P. Tito M. Sartori O.S.M.

La infancia

Abarcando el arco que introduce en la pequeña ciudad Monte Romano (VT), diócesis de Civitavecchia, se quedan uno maravillado al constatar, por la grandiosidad de la plaza, tres elementos que sobresalen: la Iglesia Parroquial, el Municipio, y una grande lápida en mármol empotrada en la pared de un edificio ubicado a lo largo de la calle que flanquea la plaza misma. Se lee un nombre: Cecilia Eusepi. Viene espontáneo pensar a un personaje que de cualquier manera haya tenido importancia particular en la historia de la ciudad. Pero los datos anagráficos la excluyen perentoriamente: ella nació el 17 de febrero de 1910 y murió el 1º de octubre de 1928. El límite biográfico, 28 años y siete meses, excluye cualquier posibilidad de influencia decisiva sobre el acaecer de acontecimientos sociales de entonces.

En efecto, Cecilia Eusepi si nació en Monte Romano, pero su vida se desarrolló en otro lugar, sobre todo en Nepi, ciudad de la misma provincia, elevada entonces también a diócesis. Las razones del traslado en dicha localidad surgen después de las primeras experiencias de la niña. El papá Antonio dejó esta tierra cuando ella tenía unos 45 días. En el lecho de muerte la encomendó al cuñado Felipe Mannucci, hermano de la esposa Paolina, de cuidar la educación de la hija. Él sabía muy bien la

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

rectitud brillante en la conducta severa de la persona a la cual confiaba tan grande tesoro. Felipe, en efecto tuvo fe en la palabra dada, sostenido también por el afecto de la hermana y de los sobrinos Vicente y Josefina. Ésta última, de 18 años mayor de Cecilia, dejó de inmediato la casa paterna y se trasladó con su esposo Lucarelli en la provincia de Pesaro, en Secchiano de Cagli. Vicente, cuando explotó la primera guerra mundial en 1915, tuvo que partir para la guerra, muriendo el 30 de mayo de 1917. Los demás ocho hijos que Paolina Mannucci dio a luz, dejaron esta tierra todavía en edad joven.

Quedando sola con Cecilia en Monte Romano, Paolina aceptó la invitación del hermano Felipe, deseoso de acogerla bien en Nepi en la propiedad de la granja "La Massa" de los duques Lante Della Rovere, residentes en Roma, que a él le habían confiado la gestión administrativa de la amplia finca agrícola. Y así el 6 de enero de 1915 la mamá Paolina llevó consigo a la pequeña Cecilia que, abandonando los compañeros de la escuela materna del Pueblo natal, se encontró sola en medio de la campiña desolada, en el frío helado de los terrenos de Monte Romano. En el mes de agosto a hacerle compañía llegará su primo Victorio de 11 años, hijo de la tía Ana Rosa. En los primeros siete meses ella tendrá como cotidianos interlocutores solamente la mamá y el tío.

No se aburría mucho, ya que siendo una niña con extraordinaria vitalidad e inquieta, con muchas ocurrencias, corría por todas partes, sin peligro alguno, dado que en el periodo invernal los trabajos de la tierra eran prácticamente inexistentes.

En septiembre se puso evidentemente el problema de la educación de la niña. La mamá y el tío, desde meses estaban preocupados por la presencia de los campesinos y pastores que no todos era muy religiosos como ellos, por lo tanto con temor a discursos y actitudes un poco libres pudieran influir negativamente en la pequeña, decidieron confiarla a las Monjas Cistercienses, el cual monasterio, adjunto a la Iglesia parroquial de los Santos Romano y Tolomeo, había llegado a ser para todos un punto de referencia seguro en la obra educativa de las jóvenes. La actividad desarrollada por ellas estaba orientada no solo a las jóvenes de Nepi sino también a las internas provenientes de otros lugares, a las cuales las monjas impartían la enseñanza de la escuela primaria.

El 5 de septiembre de 1915 la mamá y el tío confiaron a las Monjas Cistercienses su pequeña. Desde entonces lo que sucede es relatado por Cecilia, ya que parece que ella no le desagradaba dejar "La Massa" y ni alejarse de su mamá. Probablemente el alivio le llega en el pensar que cada semana la mamá iba al monasterio a llevar la ropa limpia, aprovechando para ir a la Misa en la iglesia parroquial, ubicada a solo 100 metros del monasterio.

Pero la sorpresa feliz para ella fue la de encontrar otras amigas. En "La Massa" dicha posibilidad era inexistente, porque los tres kilómetros que separaban de aquella localidad de la ciudad de Nepi, para ella constituía una lejanía insuperable dada la edad, además, el tener que ser obviamente acompañada por alguno de los suyos.

Vivir en medio de la monjas fue para la niña una novedad particularmente agradable: todas la miraban, se complacían de sus preguntas y respuestas, se encantaban. Todo esto aparecía muy agradable al orgullo de la niña, que sin embargo siendo todavía pequeña, en este sentido era muy aguda en su intuición.

A unos 20 meses de entrada en el monasterio, las monjas le presentan al Obispo de Nepi, el salesiano Mons. Luigi María Olivares, el 27 de mayo de 1917, para el sacramento de la Confirmación. La alegría de la niña fue tan grande que al final del día, después de la despedida de la mamá y el tío, se dirigió sola frente al altar de la Virgen de las Gracias, para consagrarle totalmente su corazón.

Pero el acontecimiento que marcó con caracteres de oro su relación con Dios, sucedió pocos meses después: el 2 de octubre de 1917, día de la Primera Comunión recibida del Abad Ángel Testa, que escribió con ánimo conmovido en la *Historia de un Payaso*. Con el pensamiento regresará a menudo en el curso de los años, porque aquello

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

no fue un día, sino “el” día más radioso de su vida. Fue preparada con infinito amor por las monjas. La noche anterior, la Abadesa, Doña Teresa, se acercó mientras la niña estaba en el jardín contemplando el cielo estrellado y con voz sumisa le dijo: “Mañana recibirás el corazón de Aquel que ha creado estas estrellas”. ¡Era más que suficiente para suscitar en ella ardientes sentimientos de amor y devoción!

En efecto, al día siguiente después de haber recibido a Jesús Eucaristía, le dijo a Jesús. “*Querido Jesús, antes que ofenderte, hazme morir. Jesús, te lo prometo, seré tuya, para siempre tuya*”. Con estas palabras ella entendía comunicar al Señor su intención de consagrarle toda su existencia en la intimidad de la vida claustral. Veremos lo que sucederá.

La novedad más interesante única con la Primera comunión, fue el descubrimiento del significado de la santidad tomada de la *Historia de una alma* que las monjas le pusieron en sus manos inmediatamente después de recibir el Sacramento de la Eucaristía. Antes ella confundía el ser santa con el decir tantas oraciones siguiendo el ejemplo que admiraba en la vida del monasterio. En cambio, después comprendió que con la guía de Santa Teresa de Lisieux, que ser santos significaba “*hacer bien todas nuestras acciones ordinarias, aún las mínimas, con el objetivo único de agradar a Jesús*”. Que una niña de ocho años llegue a semejantes conclusiones no puede ser que despertar profundo asombro por la madurez demostrada.

Entre las varias lecturas a la cual se dedica en aquel tiempo, lee también la biografía de San Gabriel de la Dolorosa, pasionista. Lo que llamó su atención fue sobre todo la constatación que también ella había tomado de la Tercera Orden de los Siervos de María, a la cual se había inscrito, la devoción a la Virgen de los Dolores, así también a ella sucedió desde el inicio de su entrada en el monasterio en un primer periodo, espantada en la penumbra del coro de las monjas.

Además de la vida de San Gabriel, Cecilia leyó atentamente el librito *Racimos de oro de la mística vid del Senario, o sea indicios biográficos de los Santos y beatos de la Orden de los Siervos de María.* Se enamoró de ellos, como sucede fácilmente a aquella edad. Pidió por lo tanto llegar a ser también Terciaria de la Orden servita, pero siendo demasiado joven, 12 años precisamente, tuvo que pedir la autorización al padre Ángel M. Flamini, Prior provincial de la Provincia Romana de la Orden de los Siervos de María, residente en Nepi y además es director espiritual de la misma Cecilia.

El 14 de febrero de 1922 en el monasterio cisterciense y con inmensa alegría, Cecilia vistió, en calidad de novicia, el escapulario y la cintura de Terciaria y asumió el nombre de Sor Ángela María. A la vestición siguió, pocos meses después, la profesión emitida el 17 de septiembre de 1922, no en el monasterio, sino en la Iglesia parroquial de los Santos Tolomeo y Romano. En aquel día celebraba el tercer domingo de septiembre, dedicado a la solemnidad de la Virgen de los Dolores. Ella había inspirado a los Siete mercaderes de Florencia el día de la Asunción de 1233 a dar inicio a la una Familia religiosa – es decir a la Orden de los Siervos de María- dedicada a la veneración de los Dolores que Ella padeció bajo la Cruz, mientras el Hijo agonizaba.

¿Por qué en la iglesia parroquial y no en el monasterio? Porque Cecilia en aquel verano, por primera vez después de siete años, tuvo que regresar a *La Massa*, por voluntad del tío Felipe a causa de una “*epistaxis*” irrefrenable que la había afectado. A sugerir el regreso entre las paredes domésticas había sido el médico y el tío que no tardó en ejecutar tal sugerencia.

La adolescencia

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

Aquel 3º domingo de septiembre quedó en el corazón de Cecilia como un punto fijo: en la mañana la Misa solemne, cantada por los jóvenes estudiantes y los Frailes Siervos de María, la predicación centrada en la Virgen de los Dolores, las flores, el sonido del órgano; en la tarde, el ambiente de fiesta de las Vísperas cantadas, las luces, la gente numerosa, todo en conjunto que le pareció transfigurar el acontecimiento en un momento radioso de gracia para conservarlo como un rico patrimonio espiritual. Cuando el 1º de noviembre de 1922, solemnidad de Todos los Santos, Cecilia regresó al monasterio para continuar los estudios, fue acogida con tanta felicidad por las Monjas Cistercienses, que ya la pensaban una de ellas. En efecto no la pusieron entre las internas, sino en el área reservada a las novicias, con la tarea de seguir, como responsable, a las otras internas más jóvenes de ella. Este nuevo rol le consintió dar vida a la *Compañía de la Dolorosa* de la cual hasta escribió un especie de Estatuto.

En aquellos meses sin embargo sucedió un hecho traumático: la muerte de la Abadesa Teresa Salvatori, que para Cecilia no era solo una institución dentro de la vida monástica, sino su "mamá" en el espíritu, aquella que le había hecho amar a Jesús desde que era niña, y había entrado en el monasterio. Aquel dolor profundo puso al descubierto un sentimiento que desde hacía algún tiempo le agitaba el corazón: no se sentía más atraída hacerse monja en aquel lugar. La atracción hacia la Virgen Dolorosa, que ella llamaba en su "corazón", la llevaba a abrazar el estado de vida religiosa con las Religiosas Manteladas Siervas de María de Pistoia, que en la espiritualidad de los Frailes Servitas inspiraban la propia vida. La ocasión para realizar dicha aspiración se presentó con fuerza el 28 de marzo de 1923 al hospitalizarse en Civita Castellana a causa de una aguda gastritis, acompañada de epistaxis. La hospitalización se prolongó hasta el 8 de abril.

Al salir del hospital, el doctor Ferretti le pidió permanecer por seis meses en *La Massa*, realizar paseos, nutrirse con alimentos fortificantes. Así terminaron los estudios para Cecilia.

Solamente en el domingo podía ir a Nepi para asistir a la Santa Misa. Dentro de la soledad de la campiña como había sucedido a la llegada de La Massa en 1915, la joven de 13 años enferma pudo contar con la saltuaria compañía de cuatro amigas de Nepi, todas más grandes de edad que ella, ¡la cual edad era entre los 22 la más joven y los 40 la mayor! La diferencia notable de edad revela como la extraordinaria madurez fue descubierta en la persona de la adolescente Cecilia.

Entre el mes de abril y septiembre, Cecilia inicia una nueva actividad, inscribiéndose a las Aspirantes a la Acción Católica. Así al dirigirse dominicalmente a Nepi le permitió asistir a los chicos, y llevarlos a confesarse en la tarde, realizando el programa de la Asociación: oración, acción, sacrificio.

Estos seis meses sin embargo, no transcurrieron solamente en paseos y en discursos, sino le permitieron profundizar el anhelo que sentía desde tiempo en su corazón. El de consagrarse a Dios en la Congregación de las Religiosas Manteladas Siervas de María de Pistoia. Era necesario sin embargo, revelarlo a la mamá. Y la mamá ¿qué le respondió? Negativamente. ¿Y el tío? También el negativamente, dada la excesiva edad juvenil de Cecilia. Pero el tío dará un paso ulterior. Quiere abrir los ojos a la sobrina, hacerle conocer, por así decirlo, el mundo.

En septiembre el propósito del tío llega a ser realidad: lleva a Cecilia a visitar amigos y conocidos y parientes. Hay testimonios de viajes a Viterbo, primera ciudad vista por Cecilia; a Vitorchiano de Francisco Menicucci, íntimo amigo del tío, con el cual se quedan algunos días. Al contrario de divertirse, Cecilia buscó hacer obra de apostolado a la joven de 18 años hija del que la hospedaba. Sucesivamente el tío la llevó a Macerata con una tía, donde el primo Graciano, de 20 años que era ya síndico del pueblo y jefe de la milicia

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

fascista, buscó divertirse llevándola a la inauguración del monumento a los caídos obra de él, en aquella edad ya ingeniero.

Al final llegó a Cagli, con la hermana Josefina, casada con Lucarelli, permaneciendo también allí, algunos días. Todos se pronunciaron negativamente sobre la vocación de religiosa de Cecilia. El tío, con el objetivo de dar una respuesta definitiva a todos aquellos no, la llevó con el Obispo de Cagli. Y aquí sucedió la sorpresa. Aquel viejito dio en cambio respuesta positiva! "anímate – le dijo el anciano obispo- si Jesús quiere, serás contentada". Además le regaló una medalla de Santa Teresa de Lisieux con estas palabras. "Ten, encomiéndate a esta santa, también esta tuvo que sufrir mucho para hacerse monja".

El paseo turista todavía no había terminado. La última etapa fue en Secchiano (PU), con la hermana Josefina. También allí Cecilia estuvo algunos días, gozando de la belleza del panorama, haciendo espléndidos paseos. El momento más pesante era el de la tarde, cuando la hermana le repetía la siempre cantilena. "no tienes que hacerte religiosa, tu salud no te lo permite, además tienes que estar con mamá, hazle caso al tío, si no después te arrepentirás". Esta recomendación se la repetirá también durante años, pero regresemos al momento presente.

Al regresar a Nepi enfrentó a un Padre capuchino, con el cual el tío se había dirigido, contándole el motivo de aquel ya grande error. Pero el buen fraile, después de haber observado a Cecilia, le respondió: "Déjela, no tiene la edad, pero entienda el paso que quiere hacer, de otra manera un día podrá arrepentirse amargamente". Este consejo, unido a otro del Obispo de Cagli, encontrará plenitud en el encuentro sucesivo con el Obispo de Nepi. El salesiano Mons. Luigi María Olivares, hoy Siervo de Dios, que persuadió al tío a dar su consentimiento al deseo de Cecilia. Y así el 16 de noviembre de 1923 Cecilia partió para Roma, dos días después prosiguió para Pistoia para llegar a la Casa Madre de las Religiosas Manteladas Siervas de María. Poco tiempo después de su llegada a Pistoia se le presentó una joven, también ella colegiala de nombre Clara Laffi, hermanastra del padre Bernardino M. Piccinelli, religioso de los Siervos de María, la cual causa de beatificación hoy está presente en la congregación de los Santos.

Clara llegará a ser la amiga del corazón de Cecilia, que sólo a ella permitirá el acceso al *Libro de los secretos*, en el cual la autora usaba escribir sus experiencias espirituales. Clara Laffi será también su compañera de estudios, porque, como Cecilia, tuvo que prepararse para el examen de la quinta elementar bajo la guía de sor Guillerma Borsari, que llegará a ser algún año después, Superiora general de la Congregación. De la enseñanza escolar sor Guillerma unía la enseñanza espiritual con oportunas y santas exhortaciones, abriendo corazón y mente al contacto con Dios. Nada mejor para Cecilia, y de consecuencia, también para su compañera. En julio ambas estudiantes aprobaron el examen de admisión a la 1a Complemento.

En los meses de verano Cecilia fue enviada a asistir a las niñas del asilo de Quarrata. No es una manera bella para reponerse de la fatiga de los estudios y del esfuerzo de los exámenes, pero esta era la praxis acostumbrada y seguida. Entre los niños del asilo de Quarrata, pueblo agrícola de Pistoia, Cecilia transcurrió los meses estivos en preparación de los Ejercicios Espirituales que a los inicios del mes de octubre precederán su partida para Zara (Croacia), fijada para el 22 de octubre. Ambas amigas empezarán casi de inmediato el 1º año del Complemental.

Es tan ejemplar la conducta de Cecilia que la directora –una religiosa Sierva de María- le asigna la tarea de "guía" de sus compañeras, cargo que le procurará humillaciones y sufrimientos. No obstante, Cecilia con mucha astucia logra obtener de las compañeras la adhesión a sus propuestas de compromiso espiritual: cada tarde tenía reunión bajo forma de "capítulo de las culpas" con penitencia hecha junto a una asignación de un determinado número de "florecillas" que cada una de ellas se comprometía realizar en el día sucesivo.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

La juventud

En el año escolar 1924-25 el estado de salud de Cecilia se mantuvo con altas y bajas. El momento peor sucedió durante el mes de mayo de 1925, cuando fue afectada de fiebres muy altas que tocaron los 40 grados. El médico le prescribió de cambiar aire o sea dejar Zara, lugar para ella insalubre. En repuesta, regresó a las bancas de la escuela, en el mes de julio dio los exámenes obteniendo las máximas calificaciones. Llegó sin embargo para ella una orden amarga: debería regresar a Italia y repetir, durante el verano, la experiencia de Quarrata vivida el año anterior. Dejar Zara, para Cecilia, que en el mes precedente había confiado a Clara Laffi el anhelo de consagrarse a Dios con el voto de víctima, recomendó a la amiga de hacer lo mismo. El 12 de julio de 1925, día de la partida, le entregó un papel en el cual estaba escrito palabras consideradas como las más preciosas para ella como para Clara: "*Jesús, haz de mí lo que quieras, estoy lista para todos, basta que tú me des le fuerza necesaria para soportar con fuerza y paciencia cualquiera que sea la cruz*".

En Quarrata (PT), todo procede como fue fijado. En octubre regresa a Pistoia para asistir al 2º curso Complemental; la amiga Clara regresa en cambio de Dalmacia.

En el corazón de la joven persiste el anhelo de emitir el voto de víctima, jamás concedido por el confesor. En sustitución de aquel voto, la noche de Navidad de 1925, recordando el ejemplo de Santa Teresa de Lisieux, Cecilia se ofrece como bolita en las manos de Jesús, para que sea él quien administre su vida.

Desde aquel momento inicia el tormento que la llevará a la tumba: falta de apetito, el no sentirse bien que culminará en la primavera con las fiebres intestinales, relativa estancia en el lecho por 21 días iniciando desde el 27 de marzo. Se repone del todo, y el 31 de julio fue nuevamente enviada a Quarrata por tercera vez. Permanece empero poco tiempo, ya que habiendo solicitado, el año precedente, vestir la mantellina, o sea de pasar del rango de colegial a la de probanda. El 16 de agosto fue nuevamente llamada para Pistoia, se le coloca en las espaldas la mantellina y se le asigna a la Comunidad de Maresca (PT) – un pueblito lejano a unos 800 metros sobre el nivel del mar- con la tarea de seguir a los 21 niños pertenecientes a las primeras cuatro clases básicas.

Pocos días después de haber llegado a Maresca, Cecilia es afectada de una temperatura febril de 38 grados, causada, a juicio del médico de la enfermedad intestinal. Es enviada a Pistoia, donde, además de la mencionada enfermedad, se le diagnostica peritonitis e inflamación de los pulmones. El mal se agrava para Cecilia que llega al fin de su vida. Una novena dirigida por sor Bertilla Boscardin le concede una momentánea superación del mal. Después de 40 días de estancia en la cama, el médico le prescribió "aire nativa", la receta en uso de entonces en estos casos.

Con grande dolor, el lunes 10 de octubre, Cecilia parte para Nepi acompañada de la madre Joaquina Passaglia. Llegando en la tarde en la ciudad lazial, pernoctan en el pueblo y a la mañana siguiente, el 11 de octubre escuchan la Santa Misa en la Iglesia de los Santos Tolomeo y Romano. El desayuno es ofrecido por el padre Gabriele M. Roschini. Cecilia es acompañada a *La Massa* por la madre Joaquina, donde su mamá Paolina y el primo Victorio la atienden con trepidación y afecto. Durante tres días la acompañó la madre Joaquina en casa de Cecilia. La partida de ésta última cierra la feliz paréntesis de Cecilia con las Religiosas Manteladas Siervas de María de Pistoia y congela también un sueño de consagración acariciado grandemente por Cecilia Eusepi.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

Del 14 de octubre a la tarde del 25, Cecilia transcurre días difíciles, agobiada no solamente por la soledad en la cual se encuentra –ella acostumbrada desde hacía años a compartir ideales de vida con las coetáneas –pero sobre todo por el dolor de no poder recibir a Jesús Eucaristía y no poder acceder al sacramento de la Confesión. A aliviar tanto sufrimeto llega, la tarde del 25 de octubre, como un rayo de luz en medio de las tinieblas, el padre Gabriel M. Roschini, de solo 10 años mayor que ella. La visita inesperada del padre Gabriel M. Roschini probablemente fue sugerida por el p. Ángel M. Flamini, que conocía bien la sensibilidad de su hija espiritual. Como sea, la visita se reveló providencial. El P. Gabriel intuyó las aspiraciones y las necesidades interiores de Cecilia y le prometió llevarle al día siguiente la Santa Comunión. En efecto, como bien dijo Cecilia, la Comunión del 26 de octubre de 1926 constituyó un momento particularmente significativo, tanto hasta escribir. "*Mi alma en aquel día sufrió una transformación maravillosa; empezó a robustecerse, hasta el punto que nada pudo jamás derribarla*".

El deseo de regresar con las Religiosas Manteladas siguió persistiendo en ella, sin embargo, el estado precario de salud no le permitió ni siquiera dirigirse a Nepi durante el mes de noviembre hasta el sucesivo 10 de diciembre. Empero hubo un paréntesis hermoso: el día de la solemnidad de la Inmaculada, el p. Gabriel no solo le llevó la Comunión, sino también la autoriza a emitir los votos privados de pobreza, castidad, obediencia, aquellos votos que desde años habían representado el sueño de su consagración a Jesús.

La ida a Nepi el 10 de diciembre, pernoctando con las religiosas Doroteas y participando a la Misa del domingo 11 en la Iglesia parroquial de los Santos Tolomeo y Romano, no presagia la sanación. Seguirá un ataque de pleuritis, con aliciente aún durante el periodo natalicio, al punto que Cecilia tendrá que renunciar a la invitación de la Madre General de las Religiosas Manteladas, el 13 de enero de 1927 que le pedía regresar al Instituto y prestar servicio en Fara Sabina. Dicho estado de enfermedad seguió hasta abril. Para poder comunicarse más fácilmente con el p. Gabriel obtuvo de la Santa Sede el 24 de febrero de 1927, la dispensa del ayuno eucarístico, pudiendo aprovechar de alimentos tomados *ad modum potus*.

Del 11 de abril, Lunes Santo y todo el mes de julio de 1927 se nota una mejoría en su salud. En efecto, pudo participar a las solemnes funciones de la Semana Santa; realizar en el mes de mayo, los Ejercicios Espirituales bajo la guía del padre Roschini. Iniciar el 29 de mayo a redactar sus memorias por solicitud del padre Gabriel. En un mes escribió la narración de su vida en las páginas de la *Historia de un payaso* que entregó al director espiritual el 29 de junio de 1927. De esta fecha hasta el 12 de septiembre de 1928 escribirá el Diario. La cual redacción fu sugerida al padre Gabriel por el Card. Alejo M. Lépicier, en respuesta al asombro mostrado por el padre Roschini frente a la extraordinaria madurez espiritual encontrada en la joven de Nepi.

Desde el mes de agosto de 1927 la salud de Cecilia empeora. Se le prohíbe ir a Nepi. Tiene que permanecer en *La Massa*. El itinerario espiritual es registrado en las páginas del diario, en las cuales se lee el agobio de la noche del espíritu sufrida por Cecilia en diciembre de 1927 con el máximo vértice de sufrimiento interior alcanzado en el periodo natalicio. También le parece que el director de espíritu no logre entenderla.

A los problemas suyos se añaden sobre todo en los meses invernales de 1928, las calumnias que serpenteaban en el pueblo en referencia a su familia, su tío y su primo Victorio incluso. E el mes de mayo de 1928 interviene también la duquesa Lante Della Rovere, que impone el alejamiento de *La Massa* de los dos primos Victorio y Cecilia, al iniciar el mes de octubre.

En respuesta, Cecilia envió a la duquesa una carta de clarificación, pero no parece que la misiva obtenga significativos cambios respecto a la decisión precedente.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

En el mes de junio de 1928 Cecilia pide a la mamá que le prepare el vestido de las Religiosas manteladas Siervas de María de Pistoia, que ella quiere vestir en el momento del rito fúnebre. Es contentada con esta petición.

El 29 de julio finalmente Cecilia emite el voto de víctima autorizada por el padre Gabriel M. Roschini. Otro sueño revelador de su próxima partida es registrado en el diario el 12 de agosto de 1928 que desea saludar por última vez a las personas y lugares que en Nepi fueron muy queridos. El 3 y 4 de septiembre fue a Castel San Elías para saludar a la mamá del padre Gabriel M. Roschini.

En el mes de septiembre, depuesta la pluma el 12, dicta las últimas cartas al primo Victorio. El Padre Gabriele M. Roschini describe en la *Historia de un lirio* los últimos días significativos. El 1º de octubre, como predicho en las visiones sea del 30 de septiembre de 1927 como del 12 de agosto de 1928, Cecilia deja el exilio terreno para llegar con Jesús y con la Dolorosa su Madre, en el reino de los cielos.

La doctrina espiritual

Casi nunca sucede que una doctrina espiritual pueda atribuirse a una joven que muere a los 18 años y siete meses. Asombropor lo tanto que ello haya sucedido en el caso de Cecilia Eusepi.

Sin embargo, existen las explicaciones. ¿Cuáles? Que ella, raramente, a la edad de cinco años haya podido entrar en los muros claustrales de un monasterio cisterciense y haya transcurrido en ese durante siete años completos sin jamás salir. Por eso, en la edad de mayor asimilación de la realidad exterior, precisamente en la infancia, convivió con personas adultas, recibió la influencia de tal hasta madurar, en una edad increíblemente muy inadaptada, opiniones, pensamientos, praxis de vida que era – y queda- en conformidad solamente a personas maduras. Hasta las lecturas suyas, me refiero a la *Historia de una alma* de Teresa de Lisieux, a la biografía de San Gabriel de la Dolorosa escrita por el Padre Germano de San Estanislao, dieron ejemplos de adultos reconocidos en aquel momento como modelos de ordinaria vida cristiana, pero eso muy lejanos de la psicología de una jovencita.

La consecuencia fue que ella, cuando tenía 13 años dejó el monasterio, tuvo, por interlocutores, a personas adultas, la cual edad iba entre unos 22 años y 40 , como ya mencionamos. El derrumbe de la barrera anagráfica revela, todavía hoy la excepcionalidad de la madurez humana y espiritual de Cecilia Eusepi.

La entrada con las Religiosas Manteladas Siervas de María de Pistoia le abrió la mirada interior a otras prospectivas, que no eran sin embargo, en contraste sino en línea de continuidad con lo que anteriormente había sido. Su *vademecumi* permaneció siempre la *Historia de una alma* de Teresa de Lisieux, a la cual acudía en continuación, como para beber de una fuente fresca y limpia de energía espiritual. Es de suponer que el texto de la Carmelita permanecía como lectura rumiada del libro *Racimos de oro de la mística vid del Senario, o sea apuntes biográficos de los santos y beatos de la Orden de los Siervos de María*, que constituía para ella como el complemento ideal de las enseñanzas tomadas de la biografía citada de San Gabriel, él también Terciario de la Orden servita antes de entrar con los Pasionistas.

De las religiosas Manteladas Cecilia tomó una apertura extraordinaria al espíritu misionero. En efecto dicha Congregación desde 1922 mandó Religiosas misioneras en Swaziland (África del Sur). Cuando en 1923 Cecilia Eusepi entró en el Instituto, el entusiasmo por las misiones registraba entonces orientaciones máximas de adhesión y esto añadirá ulterior motivo de interés para ella, que en las páginas de Teresa de Lisieux haya tomado la gran apertura del corazón y de mente al espíritu misionero.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

De regreso, enferma, a Nepi en octubre de 1926, en el arco de tiempo junio-septiembre de 1927 Cecilia lee la vida de Santa Gema Galgani, imita la relación con el Padre Germano de San Estalislao, llamando a su ve “Papá” el Padre Gabriel M. Roschini. A nosotros interesa acoger, en estas apasionadas lecturas suyas los principios espirituales a los cuales ella representa, en exponer aquellas ideas y aquellos sentimientos que hoy forman como un todo doctrinal, en parte a nombres citados, pero en parte al fruto de sus personales reflexiones y experiencias interiores. Acogiendo estas características, exponiendo el concepto del nada de sí, de la compleja naturaleza del amor, del deseo de Dios, de la conformidad a la voluntad divina, de la relación con los enemigos y de la devoción a la Virgen de los Dolores.

Relación nula-nada-debilidad

En los meses estivos de 1927, al inicio del 20 de agosto, Cecilia es obligada a encerrarse en *La Massa* a causa del agravarse su salud. Para suplir la ausencia del padre Roschini, partido, durante el mes de septiembre, para un curso de predicación, va cada domingo a llevarle la comunión el Padre Lorenzo Luccatelli, cofrade del padre Gabriel. En sintonía de pensamientos del tiempo cultivados y expresados en el diario desde el 24 de julio, Cecilia se entretiene con él sobre argumento del Todo de Jesús que en la Eucaristía es recibido del *nula* de ella. El comentario del Padre Lorenzo es darle bien la consideración de “Pequeña Nada”. Ella, recibida con alegría dicho calificativo, regresa en ello para profundizar el significado. Y concluye así:

El pequeño nada es todo de Jesús, aún los pecados yo he ofrecido a Jesús, si me dejase aquellos no sería más una nada, porque el nula no tiene nada (Diario, 15 de octubre de 1927).

Estupendo este pensamiento del ofrecimiento del “pecado” como única realidad de la cual ella es propietaria, oferta que anuncia a aquella total desnudez del propio yo del cual habla Jesús en el evangelio, refiriéndose a la necesidad de “perder la propia vida” para poder salvarla (*Mt* 16, 25). Ella comprende que la única forma que le queda para realizar plenamente la unión con Jesús consiste en donarle todo.

Jesús se ha dignado hacerse conocer a mi pobre alma. Conozco a Jesús, por eso estoy feliz. Antes me agitaba por cada infidelidad mía, ahora no, si me agito, no conocería mi debilidad, y la bondad del buen Dios. Cuando la voluntad no quiere ofender a Jesús, la ofensa me parece que no sea más ofensa, sino fruto de la mi debilidad. A Jesús no se puede ofender, porque Él sabe, antes aún de crearme y que yo lo ofendería sin voluntad de ofenderlo, porque mi debilidad sola sería la causa de mi desviación. Si estas debilidades le desagradaran, entonces no habría pedido con tanta insistencia nuestro amor, sino lo habría pedido a los Ángeles. Seguro, empero que si nosotros dejamos correr, más bien cerramos los ojos en estas debilidades, sin reconocer y reparar la ofensa hecha a Jesús, con un acto de humildad y de amor, Jesús permanecería ofendido (Diario, 15 de octubre de 1927).

Se encuentra frente a dos situaciones paradójicas: por una parte la afirmación de la propia libertad de poder decidir y no querer ofender a Dios; y por otra parte, la constatación que, no obstante, de hecho dicha ofensa sucede. ¿Cómo resuelve dicho problema Cecilia? Ella no cita a san Pablo, pero repite el principio: “Con la mente, conservo la ley de Dios, con la carne en cambio la ley del pecado”(*Rom* 7, 25).

La novedad se refiere a la valoración de las llamadas “debilidades”, que en el pensamiento de Cecilia parecen que entran en el plan divino de la creación del hombre en contraposición, como creatura dotada de materia y espíritu, a la naturaleza angélica constituida solo por el elemento espiritual. In tal diferencia estructural Cecilia, a la edad de 17 años, hace ubicar la suya y nuestra atención, considerando la debilidad humana algo de

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

lo cual no se tiene que preocupar más de lo normal: "*Si estas debilidades le desagradan, entonces no habría pedido con tanta insistencia nuestro amor, sino lo habría pedido a los Ángeles*". Sin embargo, casi para atenuar la fuerza propositiva de la afirmación, añade la necesidad de pedir como sea, perdón a Dios con un acto de "humildad y amor". ¿Cuál conclusión? Que la debilidad es permitida por Dios con la finalidad de inducir a cada uno a ser consciente de la propia miseria creatural, asumiendo por lo tanto la actitud del "pobre en espíritu".

La compleja naturaleza del amor

Las consideraciones hasta aquí escritas deberían generar un sentido de frustración que deriva de la imperfección a la cual de hecho se es condenado. Sin embargo, Cecilia está convencida que el Señor haya pedido amarlo para hacernos felices y no para entristecernos. Todo ello lo expresa con claridad solar:

Quisiera que todos conocieran el secreto de la felicidad: el amor. Muchas almas tal vez lo conocen, pero no saben cómo se da el amor (también esto yo lo he probado), por eso desearía decir a éstas como he hecho yo: he reconocido mi nada, más bien he amado mi nada, reconociendo a mí misma he conocido a Dios, Su bondad, Su misericordia, Su amor, Su justicia. Todo en Dios me ha parecido amar, aún Su justicia. Dios lo he conocido en mí, en todos los dones, las gracias, los privilegios con los cuales me ha embellecido, con esto ha colmado mi nada. El conocimiento de mi nada me ha llevado al conocimiento de Dios, y este conocimiento me ha empujado a amarlo. Viéndolo tan amable, amarlo ha llegado a ser para mí una necesidad, un martirio, una alegría, siento amarlo tanto, tanto, tanto. No, no me engaño, estoy lista a todo por mi Dios, creo que en la tierra no se pueda amar más de tanto (Diario, 8 de febrero de 1928).

Es impresionante que una muchacha tan joven, sin alguna preparación teológica específica, llegue a estructurar todo el discurso de la relación con Dios permaneciendo en el principio del Amor como único punto de referencia. En efecto, Dios es amor, como lo dice San Juan (*1Jn* 4, 8). Amor que crea, amor que redime y salva.

El sabor de tipo Pascal de la doctrina impartida por ella está en las siguientes palabras: "El conocimiento de mi nada me ha llevado al conocimiento de Dios, y este conocimiento me ha llevado a amarlo". Cecilia no parte de la creación, como habitualmente se hace para demostrar la existencia de Dios; ella parte de la existencia de su nada, que lo encuentra sin embargo, lleno de dones no originados por su acción, sino recibidos por Otro por sí mismo y a este Otro por sí mismo ella le atribuye el título de Dios. Es sin duda una manera original de leer la presencia divina en el universo.

¿Cuál es la consecuencia de tal constatación? El sentido del reconocimiento por todo el bien recibido, y en este reconocimiento se radica la alegría del alma, que se siente proyectada interiormente hacia el Donador con anhélito irrefrenable. De aquí la alegría, la felicidad causada por el amor.

En oscurecer este sentimiento íntimo no existe nada, porque también la justicia divina en dicho contexto asume la connotación del don recibido. Traducido, significa que también el sufrimiento de la cruz adquieren en Cristo la colaboración del Gaudio interior.

No se trata de una alusión genérica, sino de una constatación experimentada por ella y así delineada en el diario del 8 de febrero de 1928.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

Heme aquí, yo sufro, tanto físicamente como moralmente, pero amo tanto el sufrimiento. Es tanta la satisfacción que experimenté sufriendo, que quisiera sufrir más, quisiera sufrir tanto. Este deseo mismo me hace sufrir, y en sacrificarlo a Jesús, encuentro la felicidad, una grande satisfacción. No es verdad que esta vida es triste, no, es suficiente conocer el secreto de convertir todas las amarguras en alegría, para gozar continuamente. Con toda la verdad, cuando moriré, podré decir a Jesús que yo me he acostumbrado a gozar y por lo tanto para toda la eternidad mi meta es gozar. Esta alegría de la cual yo hablo, no quita la amargura del sacrificio, es el amor, el amor es el que solo endulza todo: este es el secreto. Más uno se abandona al amor, más se da en brazo al dolor y más el dolor se convierte en alegría. Mi amor no es sensible, y agradezco de todo corazón a Jesús. Desde niña buscaba, preguntaba qué cosa era el amor, cómo se amaba, porque sentía que el amor sensible, los transportes no eran para mí. Finalmente Jesús me ha hecho conocer lo que yo buscaba, he comprendido que amar quiere decir abandonarse al dolor, confiando en Jesús, que es mi fuerza y desconfiando de mí. Conociendo muy bien mi debilidad, me he abandonado al amor (Diario, 8 de febrero de 1928).

Es difícil para alguien lograr acoger la relación amor-dolor así como lo ha ilustrado Cecilia. Ella sin embargo habla por experiencia y distingue absolutamente la concepción del amor sensible, de aquello que ella experimenta y que se diferencia profundamente de la experiencia y del juicio común. En efecto la "*alegría de la cual yo hablo* –precisa Cecilia- *no quita la amargura del sacrificio*".

Hasta ahora hemos hablado de la relación amor-dolor. Cecilia lee en el amor un ulterior aspecto que ella en el diario pone muy claro, refiriéndose a la naturaleza contradictoria del amor mismo. Ella lee, como intrínseca ley operativa, dos modos opuestos: por un lado el deseo de ser poseída por el Amado; por otra lado la disponibilidad a alejarse de él para siempre, si el estarle cercano tendría que desagradarle. La referencia es a la Santa Comunión. Ella quería recibir a menudo a Jesús sacramentado, pero ello no es posible, más bien a veces parece que el mismo Jesús no quiera estar con ella, porque no suprime impedimentos a este hecho pero él puede fácilmente resolver como, por ejemplo, impedir la lluvia que dificulta al Padre Gabriele Roschini ir a *La Massa*, por lo no práctico de los senderos.

Amar quiere decir sacrificarse por Jesús nuestra propia voluntad, nuestros deseos aunque óptimos, olvidarnos a nosotros mismo, más bien olvidarnos de nosotros mismos para seguir a Su Santa Voluntad. Jesús, da a quien lo ama, quiere la sangre del corazón, que yo creo es más doloroso de la sangre del cuerpo. Preferiría mil veces, arrancarme la cabeza del cuerpo, que verme privada de la Comunión cotidiana, y sin embargo, si amo a Jesús, tengo que aceptar con alegría este sacrificio, y ofrecerlos con sonrisa en los labios, la sangre del corazón (Diario, 10 de junio de 1927).

Lo que ella afirma en relación de la Eucaristía, lo extiende también al apagarse la vida. A pesar de la joven edad, Cecilia enfrenta el tema de la precariedad de la existencia considerada en su específico carácter de exilio de la patria definitiva, poniendo en luz los dos amores correspondientes: el amor a la vida presente y el de la vida futura. Sus palabras adquieren particular relevancia, porque la que las pronuncia es una persona consciente de ser afectada por enfermedad letal:

Digo solo esta contradicción que siento en mí; no amo el exilio, ya que para mí es un verdadero exilio, no me ha dado y no me da sino dolor, pero al mismo tiempo siento amarlo tanto, porque me da muchas ocasiones de demostrar a Jesús mi amor, de desnudarme a Sus pies, es tan hermoso dar, pues he aquí la contradicción, amo y al mismo tiempo no amo el exilio, aunque ¿esta contradicción nace tal vez del amor?(Diario, 4 de abril de 1928).

Es impar que una joven logre expresar conceptos tan altos y al mismo tiempo tan humanamente difíciles como los que ella manifestó en relación de aquella realidad vital que definimos "amor", por ella considerada como en filigrana en el ámbito de la Cruz.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

El deseo de Dios

¿Qué es lo que está a la raíz de semejantes actitudes si no el deseo de entrar en posesión definitiva del Amado? El deseo de Dios caracteriza la relación de ella con el Señor, marca las etapas progresivas de acercamiento y el logro último con El.

Sobre el tema del exilio del cual apenas se ha dicho, Cecilia regresa repetidamente. Oprimida por las calumnias que la amargaban en los últimos meses de vida, Cecilia manifiesta una separación total de las cosas terrestres llevada por el deseo intenso de Dios:

H*e dicho muchas cosas a Jesús, y la principal es esta, que me dé la locura del amor, que se tome todo este mi pequeño corazón, tan grande, ya que solamente Dios lo puede llenar, saciar. Le he dicho que me haga morir más bien que dar una sola palpitación del corazón a las creaturas sin tener a El de mira. He dado todo a Jesús y estoy feliz, me siento ligera, ligera tanto que, si aunque tuviera que morir en este momento, sería feliz, dejaría el exilio sin arrepentimiento, ya que no tengo nada que me atraiga aquí, solo el dolor, porque sufriendo se ama, se dan pruebas de amor a Jesús, esto me desagrada un poco dejarlo* (Diario, 25 de marzo de 1928).

Se observe la particularidad: solo el dolor atrae aquí, porque ¡el dolor es la prueba de amor al Señor! Ella en efecto es consciente que solo Dios puede llenar su corazón, saciar el deseo ardiente. ¿cómo realizar dicho deseo? La modalidad para Cecilia es muy evidente: la Comunión.

Mañana yo lo recibiré, lo deseo ardientemente. Yo no comprendo un amor que no sienta atracción por el tabernáculo, donde vive, ama Jesús. ¡Que hermosa es la comunión, unirse a El íntimamente! ¿No es un milagro lo de unirse tan íntimamente con fuego divino a Jesús, y no sentirse quemar? Sí, es un milagro, el milagro de la humana frialdad. Yo no siento dulzura, no siento ardor, en la oración y tampoco en la comunión, sin no me aflijo, si mi amor será más fuerte y desinteresado, no será un amor egoísta (Diario, 7 de diciembre de 1927).

El aspecto de mayor relevancia concerniente al amor volitivo del cual está animada Cecilia, que confiesa sinceramente no advertir en ella la presencia del amor emotivo, o sea aquella dulzura sensible hacia la cual todos somos llevados por el deseo de sentirnos también espiritualmente satisfechos. La ausencia del amor emotivo expresa en claras cartas el desapego total de sí misma y de cualquier personal complacencia, todo orientado hacia el Amado para ser poseída e interiormente vivificada.

No se trata de episodios aislados, sino de situaciones espirituales a veces persistentes, como aparece también en el texto siguiente:

Mañana vendrá Jesús, aquí, en mi corazón, estoy ansiosa, yo amo a Jesús pero no siento ningún transporte, cuando rezo continuamente estoy distraída, no siento más aquel fervor que sentía una vez, no pienso más tan a menudo a Jesús. Sin embargo yo quisiera pensar no cada minuto sino cada segundo. Pero me consuelo pensando que, habiéndome ofrecida a Jesús, aunque no pensando a Él, yo lo amo. Mi vida es una continua oración, todas las palpitaciones de mi corazón, los latidos de mi pulso, mis respiraciones, esperando que sean muchos actos de amor. ¿Y no es pues, esto un rezar continuo, un continuo amar? (Diario, 15 de octubre de 1927).

Los particulares sobresaliente del texto, ahora reportado, hacen entrar en la psicología de Cecilia Eusepi dentro de los parámetros comunes a todos nosotros sujetos a distracciones y a ausencia de transportes emotivos particulares. Llama la atención sin embargo la conclusión que ella saca, que parecería contradictoria. "*Mi vida es una continua oración*".

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

La conformidad a la voluntad divina

A la luz de esta confesión de Cecilia, es posible resumir las etapas progresivas de su abandonarse a la voluntad divina, primero como celada en los deseos suyos: ser Monja Cisterciense, después Religiosa Mantelada, y después dedicada al apostolado sobre todo de misionera y por último, afectada por una enfermedad letal.

Desde julio de 1925 ella manifiesta la disponibilidad a cumplir la voluntad de Dios cualquiera que ésta puede consistir, como aparece en la respuesta dada a la Priora de Zara que la invitaba a orar a Jesús para curarse y llegar a ser Religiosa Mantelada de las Siervas de María de Pistoia: "*Madre, oraré de buena gana, para que el Señor me dé la fuerza de hacer siempre y en todo sus Santísima Voluntad*"

Esta actitud culminará en el ofrecimiento de sí a Jesús como "bolita", como había escrito a propósito en Navidad de 1925. Pero el momento más alto de Cecilia lo logrará con el voto de víctima del 29 de julio de 1928 a pocos meses de su muerte:

Quiero justamente hacerme santa, y si el Padre lo permite, tomaré por base esta máxima: "No haré nada que me agrade, sino todo aquello que muestre más amor a Jesús". Tengo miedo de escribir estas palabras, tengo miedo de ser después infiel a esta promesa mía, por mi extrema debilidad, pero a Jesús no hay nada imposible, más bien se funde con las almas más débiles y miserables, y que éstas, desconfiando de sí mismas (lo que no es difícil, cuando Jesús se digna mostrarnos nuestra nada), se abandonen y confíen plenamente en El, y lo que haga con las almas débiles, justo, para mostrar Su gran misericordia (Diario, 29 de julio de 1928).

En el "*No haré nada que me agrade, sino todo aquello que muestre más amor a Jesús",* se concentra el acto de heroico abandono de Cecilia Eusepi a la divina voluntad: de este momento ella está solamente y únicamente en las manos de Dios.

La relación con los enemigos

La más alta meta alcanzada por Cecilia en conformar su voluntad a la voluntad divina, es seguramente el éxito en la relación con aquellos que la han no solamente calumniado, sino nada menos que han querido alejarla de *La Massa* en el momento más trágico de su vida de enferma y sobre todo en la vigilia, por así decirlo, de la muerte.

Ella en efecto no se limita a perdonarlos, sino encerrando semejante gesto en un acto de grande amor cristiano; ella va más allá de lo que aparece en las siguientes palabras:

[…] ¡y tan bella la ley del perdón! Más que perdonar a mis enemigos, yo me siento obligada a agradecerles, ya que me han dado y me dan todavía muchas bellas ocasiones de cantar mi amor a Jesús. Mi reconocimiento por esto será eterno, rezo por la santificación de sus almas. En el Paraíso además, haré todo para atraerlos aquí arriba. Si ellos no quieren venir, yo estoy lista, para hacer lo posible de arrastrarlos (Diario, 19 de julio de 1928).

Los enemigos, ella no solo los perdona, sino les agradece, por la ocasión ofrecida de demostrar, por medio del perdón por la maldad sufrida, su amor a Jesús, justamente llega a hablar por ellos de reconocimiento. ¡Es increíble e inimaginable que al perdón se añade el reconocimiento!

La devoción de la Virgen de los Dolores

En el ámbito de un semejante comportamiento leemos, como en transparencia, la figura de la Virgen Dolorosa. El núcleo fundamental del amor hacia Dios de Cecilia que se articulaba en dos realidades sobrenaturales extraordinarias, por ella definidas "Tesoro" y "Corazón": la Eucaristía y los sufrimientos redentores de la Madre. El primero para ella

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

representaba la fuente de la cual tomar en continuación fuerza y vida y por tanto justamente considerado el "tesoro" precioso del Ser: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6, 56). El segundo, para Cecilia constituyó el refugio seguro al cual llegar en los momentos difíciles de la existencia. Había tenido experiencia desde niña:

De niña recuerdo que me escondía en el coro, bajo el altar de la Virgen de los Dolores, cerrando los ojos y en la imaginación me representaba toda la pasión de Jesús, y lloraba mucho, al mismo tiempo gozaba, experimentaba una alegría que no se expresar. Entonces era pequeña, no pensaba que todo aquel dolor era causado por el pecado y por el amor, y así las mías no sé si llamarle meditaciones, no producían en mí sino la compasión, pero ahora, con una mirada solo al Crucifijo, es suficiente para acrecentar en mí el horror al pecado y el amor a Jesús. Aquellas llagas, aquellas lágrimas de la Mamacita, tienen un lenguaje demasiado potente para no oírlo (Diario, 10 de febrero de 1928).

Las lágrimas de la Virgen son, para Cecilia, lenguaje de amor, amor por lo tanto que sangra, que lagrimea. La Virgen Madre llora en efecto por el Hijo muerto y por los hijos que lo han matado, o sea por nosotros. Por eso Cecilia define a María "modelo perfecto de caridad", porque Ella abraza en su dolor a todos: ¡El Dios que se apaga en el Madero y a los hombres que han clavado al hijo con sus pecados!

¿Es posible resumir el doble dolor materno? Sí, afirma Cecilia. Ella lo ve concentrado en el Tesoro depuesto, muerto, en el seno de la Madre a los pies de la cruz. Magnífica imagen que solo el amor apasionado de Cecilia podía intuir:

Esta mañana he leído el sexto dolor de la Virgen, pobre Mamá mía ¡cuánto has sufrido! Y te amo tanto, tanto, tanto, quisiera enjugar una a una todas tus lágrimas. Con que amor y reverencia recibiste el cuerpo de Jesús entre tus brazos. Y bien, por tus lágrimas y tus dolores concédeme la gracia de acercarme a Jesús en la Santa Comunión con el mismo amor, haz que yo lo ame tanto, tanto hasta morir de amor (Diario, 24 de noviembre de 1927).

También Cecilia, la mañana del 30 de septiembre de 1928, después de haber recibido a Jesús Eucaristía, quiso cantarle el himno que acompañó su Primera Comunión. "Morir de amor". Fue el último canto, antes de que, hacia las 15.00 horas perdiera el conocimiento y después, a las 3.10 del 1º de octubre, reclinara para siempre su cabeza en el corazón de la Virgen Madre, por fin verdaderamente la encontró en la luz fulgurante de la gloria divina.

En el camino de la beatificación

En los años 1939-1942 el Venerable Mons. Luigi María Olivares instruyó el proceso ordinario en Nepi con la audición de 46 textos. Con el temor que lo cambiara por la guerra, y pudiera destruir la tumba de la Sierva de Dios, el 16 de marzo de 1944 se procedió a una primera exhumación de sus restos mortales, entonces prácticamente intactas, sepultadas en el corredor del convento de los Santos Tolomeo y Romano en Nepi. Concluido el conflicto bélico, tuvo lugar una segunda exhumación el 20 de agosto de 1945, durante la cual el cuerpo de la Sierva de Dios fue revestida con el hábito de las Religiosas Manteladas Siervas de María de Pistoia y definitivamente sepultada en la Iglesia parroquial al lado del altar de la Dolorosa " in cornu epistulae".

En 1957 se abrió el proceso apostólico en Lucca con la audición de siete textos. En 1958 el proceso apostólico fue abierto en Nepi, con la escucha de 39 testimonios, de los cuales 2 *iex officio*. En la clausura de la Petición diocesana se procedió, en febrero de 1960, a la tercera exhumación.

El 1º de junio de 1987 fue emanado el Decreto papal que reconoce la heroicidad de las virtudes ejercidas por la Ven, Cecilia Eusepi.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia

Tomás Ricci, el salvado del peligro de muerte, atropellado el 4 de agosto de 1959 en Monte Romano (VT), por la rueda de un camión Chevrolet en la cual gravaba un peso de más de 1.000 kg. – gracia obtenida por intercesión de Cecilia- fue con Decreto papal reconocido como prodigioso con fecha del 1º de julio del 2010, reconocimiento que abrió la puerta para la Beatificación de la joven de Nepi.

Copyright © Piazza San Marcello 5. Roma, Italia